

A Dionisio Sinmás, natural de Plasencia, no le vino nada bien morir, porque además de inoportuna y precipitada, la muerte le había sorprendido sin estar adecuadamente vestido para ello. Habrá quien piense que esto es una nimiedad si lo comparamos con la trascendencia que tiene el hecho de morir, pero Dionisio era una persona muy mirada que siempre se había preciado de saber vestir adecuadamente para cada ocasión. Por eso estaba tan disgustado, porque se había muerto vestido con un ridículo pantalón de licra y una camiseta de colores chillones, mientras practicaba running en un parque público.

Fue algo fulminante. Probablemente el corazón. Nada más caer al suelo un numeroso grupo de curiosos, entre los que habían algunos niños acompañados de sus abuelos, se congregaron en torno a su cuerpo.

—¿Está muerto? —Preguntó uno de los pequeños.

—¡No!- Exclamó su abuelo. —Es que se ha puesto

malito.-mintió.

–¿Se ha emborrachado como tú en Navidad yayo?

–Preguntó otro

–¡No digas eso, niño! –Le respondió el hombre mirando en torno suyo con condescendencia .

–¡Como ha dicho ese señor, es que se ha puesto malito y nada más! -añadió.

–¡Pues mi abuela también se puso malita y se murió! -confirmó un tercero.

–¡Y mi perro también! –afirmó otro con los ojos muy abiertos.

Dionisio no tardó mucho tiempo en entender lo que había pasado. Comprendió que su tiempo se había acabado y que todas sus preocupaciones estaban a punto de convertirse en algo insustancial. Fue como una epifanía en la que tomó consciencia de su estado ectoplasmático, viéndose así liberado de su cuerpo y también de los convencionalismos terrenales. Ya más relajado, decidió unirse al grupo de curiosos que observaban

su cuerpo, inerte y mal vestido.

Entonces la vio. Era una niña de unos ocho años que le miraba fijamente. Dionisio desechó tal idea por absurda dada su dimensión etérea. Mientras tanto ella se acercó y sonriéndole le dijo:

–Hola

–Hola –respondió él.

–Tienes que irte

–¿Irme?– repitió Dionisio –¿A donde?

–Con ellos –dijo ella señalando a los servicios de urgencia que acababan de llegar. Dionisio vio al médico de urgencias acercarse a su cuerpo en busca de un atisbo de vida. Tras unos segundos de infructuosa búsqueda, el galeno negó con la cabeza, confirmando así a propios y extraños que aquel hombre estaba absolutamente muerto. A pesar de ello dio la orden de subir el cuerpo del difunto a la ambulancia y llevárselo rápidamente al hospital. Dionisio, gracias a su incorpórea naturaleza, se coló también en el vehículo. Cuando

llegaron al hospital lo trasladaron directamente a uno de los quirófanos. Dionisio advirtió que justo al lado había una cama en la que, para sorpresa suya, estaba ocupada por la niña del parque. Permanecía inmóvil, con los ojos cerrados. Un tubo le suministraba oxígeno y estaba rodeada de aparatos conectados a través de vías que se perdían por debajo de las sábanas. En ese momento la puerta del quirófano se abrió y una mujer joven, con los ojos hinchados de llorar, entró y preguntó a los cirujanos: –¿Es él donante? Estos asintieron y entonces, mirando al cuerpo de Dionisio, dijo:

–No te conozco, pero mi hija te deberá su vida y yo la mía. Gracias y mil veces gracias.

Probablemente Dionisio tendría que haberle dicho algo así como que no tenía importancia, que se alegraba de que al menos su muerte hubiera servido de algo. Pero en ese momento, en lo único que era capaz de pensar, era en excusarse con aquella mujer por no ir vestido adecuadamente.